

EN PUNTO



llegado con una cierta esperanza popular. Onganía recogió el apoyo de los peronistas y también el de los sindicatos —enorme grupo de presión, no tan fuerte como el de los militares, pero con el que es preciso contar, como hay que contar con la Iglesia: la primera entrevista de Lanusse ha sido con el cardenal primado—, a los que mantuvo a pesar de haber disuelto el Parlamento y los partidos políticos. Onganía apareció con un rostro de unificador. Del Ejército, de las minipiniones políticas, de las clases sociales. Pronto se vio que no estaba capacitado para ello, o que no conseguía vencer las dificultades naturales. Su imagen se ha ido deteriorando sin cesar y, como pasa siempre, cuando una imagen de doctrina política se deteriora debe sucederle una imagen de dictadura personal, de dominio y de fuerza. Onganía la trabajaba a la manera clásica, aludiendo a los «enemigos del exterior», a las «conspiraciones organizadas desde más allá de las fronteras», con tal fe en estas fórmulas sobrepasadas que incluso llegó a utilizarlas para explicar el rapto de Aramburu, en un momento en que las acusaciones contra peronistas, «montoneros» o «vallistas» —los «montoneros» fueron, en el siglo XIX, los federalistas que se opusieron a los centralistas; los «vallistas» son los supuestos seguidores del general Valle, fusilado en los primeros días de la presidencia de Aramburu— no podían prender. Su último rasgo de fuerza ha sido el intento de destitución de Lanusse, intento que no ha tenido más que unos minutos de vigencia. Aún intentó resistir por la fuerza, utilizando las condiciones de fortín que había dado a la Casa Rosada —el palacio presidencial— para cuando llegara un momento como éste, pero la decisión de los jefes de los tres Ejércitos y la defección de su guardia personal hicieron inútil el conato de resistencia.

Los primeros momentos de un golpe de Estado son siempre confusos, incluso deliberadamente confusos. No es, por lo tanto, posible predecir lo que ha de pasar en la Argentina. El aspecto del golpe de Estado es conservador y continuista; se dice que Lanusse sólo ocupará la Presidencia durante diez días y que después se elegirá «a un ciudadano», sin que nadie acabe de saber si, en este caso, ciudadano puede ser sinónimo de civil. Las revelaciones que puedan hacerse en torno a Aramburu, incluso su desaparición —una noticia sin confirmar anunciando que iba a ser «liberado» puede formar parte de la técnica del golpe de Estado, pero también de la del contragolpe—, pueden ser importantes en la modificación de los acontecimientos. Se habla también en Buenos Aires de un regreso a la normalidad —elecciones, parlamentarismo, partidos—, pero estos términos no parecen estar incluidos en el comunicado militar, ni siquiera insinuados. La posición que tome Perón —o los peronistas—, la que adopten los sindicatos, puede ser decisiva. Lo que puede afirmarse con toda seguridad es que, mientras no se resuelvan las graves contradicciones económicas y sociales del país, ningún régimen podrá parecer estable, y estará continuamente sometido a revisión.

Indochina

LA GUERRA SE PROLONGA

La entrada en Camboya de tropas tailandesas eleva a por lo menos siete los grupos combatientes en este país, que acaba de incorporarse a la lista de los más desgraciados del mundo: tailandeses, vietnamitas del Sur, vietnamitas del Norte, laosianos, norteamericanos, camboyanos partidarios de Lon Nol y camboyanos partidarios de Norodom Sihanuk. La confusión es impresionante. Los «objetivos de guerra» de la operación americana, que ha desencadenado este caos, no aparecen por ningún sitio. A pesar de las declaraciones de Nixon anunciando que «los objetivos militares han sido alcanzados ya», la realidad es que la operación se hizo suponiendo que en Camboya estaba el cuartel general del Vietcong y el grueso principal de sus

fuerzas, y estos elementos no han aparecido. La operación, en cambio, ha producido los siguientes desastres: anarquía en Camboya, anulación de las conferencias de paz en París, proyectos de estabilización del Sudeste asiático y mayor ruptura en el frente interior de los Estados Unidos. La idea nixoniana de que la operación aproximaría el final de la guerra al obligar a Hanoi a hacer nuevas concesiones, parece invertida; Hanoi —y el Vietcong y China— considera que esta ampliación de frentes es perjudicial para el enemigo, que el tiempo es su aliado y que, por el contrario, debe hacer lo posible para que Estados Unidos se metan cada vez más en lo que se ha llamado «el avispero asiático».

Racismo en Suiza

LA CONDICION DE LOS TRABAJADORES EXTRANJEROS

Ni siquiera Suiza, país de cuatro lenguas, república federal con cantones muy definidos, país internacionalista, tierra de exilios y de inmigraciones, puede resistirse al ramalazo nacionalista de nuestros días. El domingo pasado se ha votado por referéndum sobre un censo de 1.600.000 electores —las mujeres no tienen derecho a voto— una propuesta para reducir progresivamente el cupo de trabajadores extranjeros: ha sido derrotada, pero el porcentaje de sufragios favorable a tal medida es lo suficiente como para alarmar y sospechar de un considerable racismo. Tal vez si las mujeres hubiesen votado la propuesta hubiese vencido. La idea partía del diputado independiente Schwarzenbach, que ha sido el mismo trabajador en el extranjero —en Alemania— antes de convertirse en historiador y editor. Schwarzenbach denunciaba «la influencia demográfica y económica extranjera» que supone la existencia de cerca de un millón de obreros extranjeros, y proponía que se alige-

rarse en por lo menos 300.000, realizando un reparto de mano de obra que no excediera en ningún caso al 10 por ciento de la población activa en cada cantón. El problema que planteaba esta idea era el de un posible hundimiento de la industria suiza, sostenida principalmente por la mano de obra extranjera, que en algunos ramos sobrepasa el 50 por ciento de la plantilla obrera, y en otros se aproxima. Esta razón ha prevalecido y ha llevado a las urnas a un número poco habitual de votantes, cerca del 75 por ciento del censo (habitualmente, las abstenciones son muy fuertes y pocas veces se alcanza el 50 por ciento). Puede decirse que lo que ha triunfado es el sentido conservador de la economía y no un rechazo del racismo. Las minorías de trabajadores extranjeros en Suiza —entre los cuales hay un considerable número de españoles— se quejan de que tanto su vida privada como su condición de trabajadores dista mucho de estar integrada en la comunidad suiza para la que trabajan.

Oriente Medio

LA GUERRA DE LOS TRES AÑOS

Fue un excelente hallazgo propagandístico el del término «guerra de los seis días» para denominar la campaña victoriosa de Dayan sobre los países árabes: seis días

de destroz del enemigo y de ocupación de territorios. Pero la realidad es que esas operaciones comenzaron una guerra que no ha terminado: se conmemora ahora su

tercer aniversario y los cañones no han cesado, ni las incursiones aéreas, ni los actos de terrorismo, ni las represalias. Como la «blitzkrieg» de Hitler no fue una guerra ganada, sino el principio de una larga confrontación. La acumulación de armas en los dos bandos —parece que, finalmente, Estados Unidos entrega a Israel los aviones

«Phantom», tan regateados—, más la acumulación de odios, la no resolución de los problemas pendientes y la aparición de un revolucionarismo guerrillero en los países árabes son algunos de los factores de ese gran contencioso que se plantean cada día en forma de sangre vertida y que pueden llevar a una generalización del conflicto.

Los que se van SCHACHT, "MAGO" DE LAS FINANZAS NAZIS

El primer «milagro» del doctor Schacht sucedió el 20 de febrero de 1933, recién nombrado Hitler canciller por el Presidente Hindenburg: recaudó tres millones de marcos en una reunión a la que asistían los veinte industriales más poderosos de Alemania. Entre ellos, Krupp; Bosch y Schnitzler (de la I. G. Farbenindustrie); Voegler (Vereingte Stahlwerke). Hitler habló en primer lugar: explicó cómo la industria privada «estaba llamada a desaparecer en la democracia» y «sólo podía mantenerse mediante una concepción sana de la autoridad y la personalidad»; prometió borrar del mapa a los marxistas y volver a crear el Ejército alemán. Después habló Goering. Quedó claro que en las inmediatas elecciones no podían perder los nazis, porque si perdieran tomarían el poder por la fuerza. Pero hacían falta «sacrificios financieros». Los reunidos comprendieron prontamente que esos sacrificios serían una excelente inversión, puesto que se acabaría con el riesgo marxista, con la democracia pacifista y, sobre todo, con el desarme, que paralizaba sus industrias. Cuando el doctor Schacht pasó la bandeja, recaudó tres millones de marcos.

Las promesas no fueron vanas. Ganadas las elecciones, instalado el régimen nazi, Schacht instaló la economía de guerra —«Wehrwirtschaft»— sobre bases expuestas en un documento sometido a Hitler, el «Informe sobre el estado de los trabajos para la movilización hacia la guerra económica», términos que se invertían en su contenido para explicar que su Ministerio había sido encargado «de la preparación económica de la guerra». Más tarde, en otro informe, explicaría: «Nuestros armamentos han sido financiados en parte por los créditos de nuestros enemigos»: estos «créditos» eran la incautación de bienes judíos (y de otros «enemigos del Estado») y el bloqueo de cuentas extranjeras. La producción masiva de armas por las grandes in-

dustrias y la absorción de paro por las obras públicas —gran recurso de todas las dictaduras— fueron la base esencial del nuevo rostro económico, sostenido luego por unas hábiles fórmulas: control de cambios, trueques (sin dinero) con países extranjeros (principalmente hispanoamericanos, que tuvieron así la sensación ilusa de que podrían salir del imperialismo americano), emisión de billetes. Los industriales vieron aumentados sus beneficios teóricos, pero se encontraron presos de la maquinaria de guerra del Estado y obligados a las «contribuciones voluntarias» al partido, mientras los obreros veían desaparecer el espectro del paro, pero su trabajo se convertía en esclavista; unos y otros estaban ilusionados por la posibilidad de que ese esfuerzo condujese a una «victoria final», en la que el dominio de Alemania sobre otros países les convirtiese en un «pueblo de señores» en el que obtendrían, finalmente, sus propios beneficios.

El verdadero milagro de Schacht fue que el Tribunal de Nuremberg le declarase inocente, lo que le permitió elogiar la «altura de miras» del Tribunal que condenaba a muerte a sus compañeros de aventura, y explicar después que Hitler fue un hombre «surgido del fango, cuyo árbol genealógico se pierde en los nacimientos ilegítimos», en un oportunista libro que se llamó «Arreglo de cuentas con Hitler», como fue oportunista su libro «Regreso al oro».

El árbol genealógico de Schacht era sano. Antes de Hitler era ya banquero, y fue director de la Banca privada y comisario de la moneda. Después de Hitler fue llamado como consejero por varios países —España, entre ellos—. Algunas pretensiones financieras occidentales proceden directamente del «espejismo Schacht», pero sin el totalitarismo nazi no han podido dar frutos. El mago acaba de morir, en Munich, a los noventa y tres años. ■ JUAN ALDEBARAN.

Zaragoza

LA REVOLUCION DE LOS BIKINIS

—¿Queréis traje de baño? —gritaba la manifestante que marchaba en cabeza del grupo.

—¡Nooo!... —respondían a coro las bañistas amotinadas.

—¿Queréis semibikini?

—¡Nooo!... —vociferaban las mujeres.

Así contaba un periodista de Zaragoza la escena que hace unos días se produjo en la piscina conocida por Stadio Miralbueno El Olivar, después que un empleado de la entidad hubiera intentado ex-

bañistas veraneantes para hacer comprobaciones respecto al grado de exposición de las zonas del cuerpo humano que la compostura española ordenaba mantener cerradas al tráfico. Luego vino el turismo y las divisas del turismo, y no fueron pocos los moralistas que se acomodaron a los nuevos tiempos, pensando —mayormente— que había llegado el momento de colocar su dinero en la construcción de instalaciones turísticas, en la que podían obtenerse pingües benefi-



En la España de los años setenta, el bikini puede ser todavía noticia en una ciudad de medio millón de habitantes. Pero la revolución zaragozana de los bikinis ha triunfado en toda la línea.

pulsar de las instalaciones a una muchacha por el solo hecho de llevar bikini.

—¿Qué queréis, pues?

—Queremos bikini!, ¡queremos bikini!...

La piscina de Miralbueno pertenece, al parecer, a una organización conservadora del tipo «antes-morir-que-pecar», y la disposición que prohíbe el bikini no es la única de las normas a través de las cuales la digna entidad vela por la salvación del alma de sus socios. Miralbueno y algunas otras instalaciones deportivas zaragozanas aplican un rígido sistema de discriminación de sexos. Tienen piscina «para señoras» y piscina «para caballeros». No hace falta decir que esto no es una novedad en un país en que, como en el nuestro, ha florecido y florece aún con extraordinario vigor lo que podríamos llamar «la jurisprudencia del sexto mandamiento», con su juego de normas «preventivas». Hace varios años que en algunas playas existían unos vigilantes especiales, vestidos de riguroso invierno, que se paseaban entre los

ciós. De la vigilancia moral nunca más se supo. Las autoridades municipales, al principio confusas, acabaron por allanarse a las exigencias del comercio. Lo mismo ocurrió, a la postre, con el celo de los señores párrocos, algunos de los cuales, perdido el control del ágora, se parapetaron en las iglesias y colocaron a la puerta carteles alusivos a la «modestia en el vestir», que a menudo encontramos todavía en nuestros días. Muchachas venidas del Norte, rubias y clásticas, en un grado que apenas hubiera podido sospecharse por estas latitudes, irrumpieron en las playas con el bikini, que al principio se llamó «dos piezas». «Van enseñándolo todo», dijeron las madres de la patria. Luego, el aumento de las proteínas en la dieta nacional y el libre juego de la competencia recomendaron el uso de aquella prenda, hasta entonces considerada impúdica.

El bikini se generalizó en las playas hasta tal punto que hoy es ya difícil encontrar en ellas una mujer joven que utilice todavía el an-